



LUCÍA GÁRDEZ
MAX ROSS

LA
CANCIÓN
DE
FREYA



NUMAK

La canción de Freya
Primera edición: diciembre de 2022
Segunda edición: mayo de 2023

©2022, Lucía Gárdez y Max Ross
©2022, Ediciones Numak (Served Numak S.L.)
C/Pineda Fosca, 4, A-1ª. 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)
©2022, Paula Peralta Pozanco, por la cubierta
©2022, Sara Ruiz Capdevila, por las ilustraciones
©2022, Darío M. Urdiales, por la maquetación

©2022, Numak Ediciones, por la corrección y las ilustraciones del diario de Ada Sahlberg

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org 917021970/932720445).

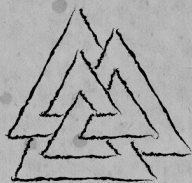
ISBN: 978-84-126390-0-1
Depósito legal: B 23233-2022

Printed in Spain – Impreso en España

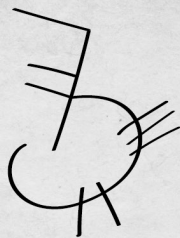
*Para ellas, que luchan
todos los días.*



Diario de
~~una Völva~~
Ada Sahlberg

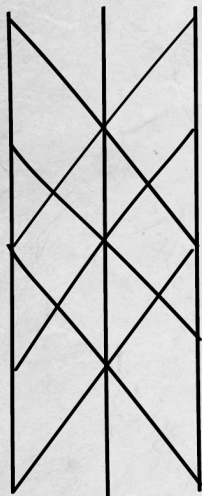


Ʒ	†	∟	∟
Ʒ	4	R	∟
*	∩	∟	∟
↑	B	∟	Ʒ

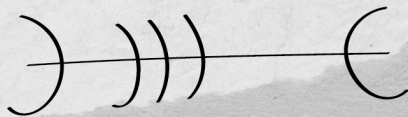


Galdramyndir de fuego.
Resultado: Soy una inútil,
ni una chispita

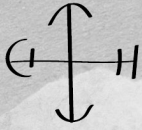
¿Meditar más?



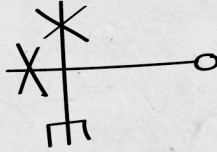
Se supone que las Norrnas
conocen el destino de todo el
mundo. Me gustaría poder
preguntarles si el mío es ser
una völva incapaz de cantar
el galdr más sencillo



Todo sería más fácil si mamá estuviera aquí



Según mormon, este signo
rúnico sirve para
descubrir lo desconocido.
¿Cual será el galdr?

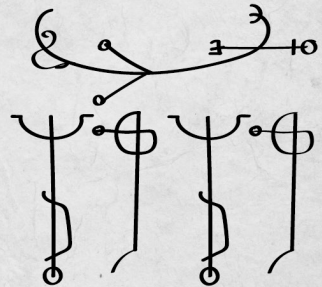


Dice mormon que si bebes
hidromiel del cáliz Odr, el
galdr de la inspiración
abrirá las puertas al seidr
y los nueve mundos.

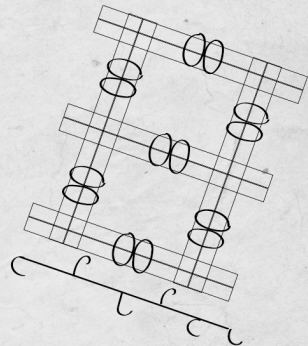
Mentira mentira mentira

ƿ	þ	λ	ʀ
ʏ	ʒ	R	ƒ
*	∩	ʘ	l
↑	B	þ	ʏ

¿Galdramyndir
del viento?



ƿ	þ	λ	ʀ
ʏ	ʒ	B	ƒ
*	∩	ʘ	l
↑	B	þ	ʏ







EL DEL DESCENSO

ESTO ES UNA LOCURA.

—No te asustes cuando creas que vas a quedarte sin aire, simplemente sigue buceando y no me pierdas de vista. ¿Podrás hacerlo?

Asiento, aunque no estoy segura. Erik se zambulle, le conwenza mi muda afirmación o no, y desaparece. La playa está en silencio y la oscuridad de la noche me pesa como si el cielo acabara de derrumbarse sobre mí. Siento que cada segundo de soledad duele más que el anterior, y es que tengo miedo. De todas las cosas que se me podrían pasar por la cabeza me da por pensar en una de las lecciones de mi abuela. «Ada, los caminos de los dioses son inescrutables». Hubiera estado bien que me dijera que los caminos del amor... también.

La mirada recelosa de mi abuela aquella tarde de abril, cuando salí por la puerta de la cabaña a mis dieciséis años, todavía me persigue. Puede que siempre lo haga. Sé que la decepcioné. Sé que tras la muerte de mi madre cuando yo era una cría puso todas sus

esperanzas en mí, que me enseñó mucho de lo que sabía. Y aquí estoy ahora, imaginando que todas las cosas que nunca podrá enseñarme se retuercen en su estómago como haría una serpiente venenosa. Pero creo que si tengo el valor para hacer esto es gracias a ella, a los libros que leí, a toda la magia que aprendí, a las horas de entrenamiento bajo la luz candente del sol y a todos esos mitos de los que me habló. La vólva que estoy destinada a ser es la parte de mí que me empuja a seguir luchando. Estoy aquí por mi naturaleza, pero también por amor.

Después de todo, es por amor que hundo los pies en el mar y dejo la orilla atrás.

Es por amor que desafío a la corriente y a sus imponentes olas.

Es por amor que me sumerjo completamente en estas aguas tenebrosas.

Ya no hay vuelta atrás.

La luz de la luna llena rompe y atraviesa la superficie, guiándome en mi descenso. Erik está cada vez más lejos y, porque tengo miedo a perderme o porque me siento como una intrusa en mi propio cuerpo, nado con más energía hacia una profundidad que me parece infinita. Entonces Erik se detiene, se gira y alza la mirada hacia el reflejo de la luna. Mueve un brazo de manera circular y luego corta horizontalmente por delante de él como si quisiera dividir el agua en dos. Los giros de muñeca son medidos, o eso me parece a mí. ¿Está dibujando una runa? Espera. ¿Qué es eso? Es como si algo hubiera estallado a kilómetros y kilómetros de aquí y la onda expansiva nos alcanzara. Me recuerda a la vibración de la cuerda de una guitarra. Creo que incluso oigo una nota mal entonada. Puede que sea la famosa llamada del mar, ¿no?

Cierro los ojos, me acerco la mano al pecho y hago presión, pero no me alivia. ¿Voy a morir así?

Empieza a faltarme el aire. Me digo que no puedo perder de vista a Erik y abro los ojos. ¿Dónde está? No puede haber desaparecido. Dudo entre descender un poco más o volver a la superficie. Decido

buscarlo, atraída por la luz plateada que es como un faro en esta sombra homogénea. No lo veo, pero la llamada de la luna, su brillo en mi mejilla, me invita a girarme hacia ella. La luz argentada me ciega, pero no quiero cubrirme los ojos. Algo vuelve a estallar lejos de aquí, muy lejos. Las aguas vibran, miles de burbujas explotan y se diluyen como purpurina sin color. La nota mal entonada me taladra los oídos y me estremezco.

Cierro los ojos y, a ciegas, nado hacia arriba.

No soy capaz, ¿verdad? Me equivocaba.

¿Eso que oigo es tu voz? No, no estás aquí, solo es mi obsesión por romantizar cada momento de mi vida. ¿Qué dice de mí que esté dispuesta a morir por ti, Sia? Ojalá pudiera decirte que lo siento. Todo. Fracasar, tirar la toalla, no estar a la altura, no haber visto las señales.

Ojalá me hubiera dado cuenta de que la última vez que te vi intentabas decirme algo.

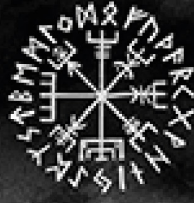
Ojalá hubiera entendido antes que yo no era la única que vivía con verdades a medias.

Ojalá nuestros secretos no nos maten a las dos.

Pero voy a morir. Y mi mente se empeña en volver atrás.

Vuelvo a la noche en que te perdí.





EL DE LA MUDA DESPEDIDA

LA ÚLTIMA VEZ QUE TE VI NEVABA EN TROMSØ.

La nieve estaba haciendo estragos en la zona del puerto y la poca visibilidad en las carreteras había provocado que mucha gente buscara refugio en Villkaten, la cafetería en la que trabajaba y que siempre olía a café y a magdalenas recién hechas.

No era el mejor trabajo del mundo, pero pagaba las facturas.

Nunca te conté que a veces pienso que cuando dejé atrás los bosques sagrados de Ånderdalen, no tenía ni idea de qué me depararía el futuro. Solo contaba con unos pocos ahorros y mis ganas de alejarme de las expectativas que me ahogaban. Lo tenía claro: no quería ser una völva de leyenda. Eso de vivir en uno de los bosques más antiguos y consagrados de Noruega, esperando a que un berserker llamara a nuestra puerta y nos pidiera los favores del seiðr o, peor, que apareciera con la piel cayéndosele a tiras y la cabeza abierta en dos... No. Simplemente no iba conmigo. Esa no era yo. Por muy convencida que estuviera mi abuela de que éramos indispensables para la comunidad

mágica, la cruda verdad es que todo eso dejó de importar hace mucho tiempo. Además, no quería sentirme como si fuera un bicho raro.

La gente nos odiaba, o nos temía. Puede que ambas cosas.

Se dice que la historia de las seiðkonas se remonta siglos atrás en el tiempo. Aunque hay muchas versiones de una misma leyenda, la mayoría son, como suele señalar mi abuela, habladurías de cantamañanas. La única que yo debía creerme sobre nuestros orígenes era la que contaba que Freya, diosa del amor, la magia y la profecía, compartió sus conocimientos del seiðr con las que se convertirían en las primeras seiðkonas. Con el don de la visión y con el conocimiento de las canciones, comúnmente conocidas como galðr, las völvas se alzaron como respetadas chamanes y sacerdotisas ante guerreros y reyes, nobles y pobres.

El paso de los años hizo que nuestras tradiciones desaparecieran, y las pocas völvas que todavía eran fieles a la magia fueron víctimas del odio de todos los ignorantes que se atrevían a compararnos con las brujas de nariz torcida y verrugas que aparecen en los libros. Mi abuela, quien es un hito entre las seiðkonas, no se rindió tan fácilmente. Mi madre me contó que fue la völva más joven en convertirse en sacerdotisa de Freya. Vivir con una persona como mi abuela implicó crecer acompañada por otras aprendices que venían desde muy lejos con la esperanza de poder ser instruidas por la gran Marion Sahlberg.

Afortunadamente, mi madre siempre intentó inclinar la balanza a mi favor.

—¿De qué va a servirle a la niña nada de lo que aprenda en ese pueblucho, Ebba? —cuestionó mi abuela durante una de las tantas discusiones sobre mi educación—. Debería quedarse aquí, con nosotras, y aprender la lectura y la interpretación de las runas.

—Puede hacer ambas cosas. —La voz de mi madre siempre llamaba a la calma—. No tiene por qué elegir un solo camino cuando hay tantos otros por descubrir.

—¿Sabes lo que dicen en los pueblos sobre nosotras? Que somos brujas, que forzamos la mano de los dioses y que estamos pidiendo a gritos arder en una hoguera.

—Ada es una niña, madre. Este bosque no puede ser toda su vida. ¿Y desde cuándo te importan a ti los rumores? Nunca te has esforzado por ocultar tu naturaleza.

—Eso no significa que no quiera proteger a mi nieta.

Si te soy sincera, no estoy segura de en qué momento dejé de creer en ellas o en mí. Supongo que fue cuando comprendí que, al mirar siempre hacia el futuro, mi presente se esfumaba entre virutas de humo y símbolos paganos. O quizá cuando mi madre murió y me quedé bajo la tutela de una mujer que, si bien me quería con toda su alma, esperaba demasiado de mí. Por mucho empeño que intentara poner en la conjuración de los galðr o por mucha presión a la que me sometiera mi abuela, la magia de Freya nunca respondió a mi llamada.

A los dieciséis años expresé mi intención de seguir estudiando en la ciudad. A mi abuela no le gustó ni una pizca la idea y me repitió unas cien veces que había tenido la suerte de nacer en la cuna de la magia y el misticismo, y que iba a echarlo todo a perder por ser alguien corriente.

Ella no entendía que eso era exactamente lo que yo quería.

Puede que una parte de mí supiera que nunca llegaría a ser extraordinaria.

Así que me marché de casa y me mudé a la ciudad.

Recuerdo que mis primeros días en Tromsø fueron un infierno y fríos como Niflheim. Menos mal que no siempre fue así. Hubo momentos difíciles y de absoluta frustración, pero también muchos otros de descubrimiento y superación. La amistad de Niko, a quien ya sabes que conocí el primer día de instituto, fue un faro de luz en los días más grises y una mano a la que aferrarme para no caer en el abismo de la desesperanza. A veces me pregunto cómo dos personas tan radicalmente diferentes pudimos forjar una amistad así.

La cuestión es que no sé qué hubiera hecho sin ella. En cuanto supo que estaba viviendo en un hostel con los escasos ahorros que tenía y lo poco que ganaba en la cafetería, trabajo que pretendía compaginar con los estudios, me propuso que me mudara al apartamento que sus padres le compraron en el centro. Niko también soñaba con ser libre.

Fue durante una de nuestras sesiones de peli y manta que me confesó:

—Sé que soy una privilegiada por tener este apartamento, pero me gustaría ganar mi propio dinero. Ser más independiente. Que te ayuden es una cosa y que te lo paguen todo otra muy...

—¿De qué te gustaría trabajar? —le pregunté.

Se revolvió en el sofá, pensativa. Vi el tatuaje del pez koi que llevaba en la zona interior de la muñeca y sonreí, prometiéndome que algún día también me tatuaría. Nunca llegué a hacerlo.

Las dos sabemos que Niko podría llevarse a cualquier chico o chica sin esfuerzo porque es sencillamente preciosa. Siempre he envidiado su piel tostada y el volumen de esos rizos indomables. No hacía mucho que se había teñido las puntas de un color cobrizo, y como había visto recientemente la película *Njinga: Reina de Angola*, me recordaba mucho a la protagonista.

—Más que gustarme tiene que ser algo que pueda hacer fuera del horario de clase.

Se metió una palomita en la boca y se encogió de hombros.

Le dije que podría probar en la cafetería donde trabajaba yo, que había una vacante.

—Oh —exclamó risueña—. No estaría mal. Oye, igual es mi oportunidad para vivir uno de esos romances de película en los que mi futuro marido entra a por un café, se lo tiro por encima sin querer queriendo y acabamos desnudos en los lavabos.

Nos reímos, y así fue cómo mi mejor amiga se convirtió no solo en mi compañera de piso, sino también en mi compañera de trabajo. ¿Por qué no te conté todo esto? Tengo muy buenos

recuerdos de ese año. Me gustaba salir al balcón y respirar el rocío del alba con una taza de café recién hecho entre las manos y pensar en que había conseguido dejar atrás una vida que jamás fue para mí. Se habían acabado las runas y la interpretación de los sueños. Se habían acabado las canciones y los ungüentos. Vivía lejos de los bosques sagrados, tenía un trabajo que me empujaba a ser más extrovertida y luchaba por el sueño de convertirme algún día en enfermera. Creía tenerlo todo hasta que te conocí y me diste más y más y más cada día. Y sumamos juntas durante tres años que cabían en el hueco que hay entre un beso y un suspiro.

Pero aquella noche de hace siete días, exhausta por todo el trabajo que había en la cafetería, ignoraba que el hilo que nos unía a ti y a mí estaba a punto de romperse.

Estaba preparando dos cafés cuando oí un grito de emoción que me hizo sonreír. Al girarme bandeja en mano vi que Niko, efectivamente, estaba haciéndole carantoñas a un husky al que había dejado entrar junto a sus dueñas y contra las normas del local.

No podía decirle que no a esa mirada tan limpia.

—¡Pero si eres un perrito encantador!

Negué con la cabeza, salí de detrás de la barra y dejé los dos cafés delante de las chicas.

—Aquí tenéis. Un café solo y un *latte* corto de leche.

La que llevaba el pelo corto y un abrigo de plumas de color verde cogió el suyo con prisa.

—Espero que esté más caliente que el magma —dijo con un fuerte acento extranjero. Me pareció ver un tatuaje de la cabeza de un ciervo asomar por debajo del cuello de su abrigo—. Qué frío hace en este país, joder.

Su acompañante, de larga melena de un color púrpura y unos ojos verdes de ensueño, me sonrió y después compuso un mohín para la otra.

—Pero ¿y lo bonito que está todo cubierto de nieve? Parece una postal navideña.

—Manda narices que hayamos venido hasta aquí solo porque tu novio te dijo que la aurora boreal es tan mágica como tú. Hasta el chucho tiene frío, Ro.

—¿Qué dices? Adonis está contentísimo.

Me aclaré la garganta.

—¿Queréis algo más? Los gofres son los mejores de la ciudad.

—La receta es mía —añadió Niko, pendiente de la conversación.

—Por favor —suplicó la del color de pelo atrevido—. Así le llenamos la boca a mi hermana de comida y deja de quejarse.

—A mí eso no me funcionó mucho con Ada cuando vivíamos juntas, la verdad —apuntó Niko a traición—. Masticaba muy deprisa y enseguida volvía a pedirme que limpiara el baño.

—¡Se te caía mucho el pelo! —me defendí.

—¿Y a ti no, Britney Spears?

Suspiré. No, supongo que nunca fuimos camareras de manual y que solo era cuestión de tiempo que Frank decidiera ponernos de patitas en la calle a las dos.

—¿De dónde sois? —les pregunté mientras apuntaba dos gofres en la pequeña libreta.

—De donde las playas son de verdad y no están escondidas bajo capas y capas y capas de nieve —contestó la del pelo corto.

—Volos —replicó la tal Ro—. Es una pequeña ciudad costera de Grecia. ¿Has ido alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Aunque me gustaría. He oído muchas historias sobre los griegos y...

Sentí tu presencia como si hubiera percibido una brisa. No sabría explicarlo. Eras como una melodía para mí, de esas que llenan el silencio o callan al ruido. Me dí la vuelta y allí estabas, con la espalda contra la barra y los brazos cruzados en esa postura despreocupada tan característica tuya.

Sonreí al ver que llevabas puesta una camiseta de Blondie debajo del abrigo desabrochado y que no parecía importarte que la nieve

te hubiera calado los pantalones negros. Siempre me gustó cómo incidía la luz cálida de la cafetería en tu media melena castaña, pintando destellos rojizos. Cuando tus ojos azules me miraron, mi corazón se saltó un latido.

Otra vez.

Siempre.

He perdido la cuenta de cuántos de esos me has robado.

Me acerqué a ti a paso ligero, sorprendida de que vinieras a verme a las tres de la tarde. Normalmente no salías de trabajar de la biblioteca hasta las cinco.

—Sia. ¿Ha pasado algo?

—¿Tiene que pasar algo para que me acerque a ver a mi novia?
—protestaste antes de envolverme con cariño entre tus brazos.

Me regalaste un beso en la mejilla que me hizo cosquillas. Reí y mis pies dejaron de tocar el suelo cuando me alzaste con la misma facilidad de siempre.

Buscaste mis labios con los tuyos y dejé que los encontraras.

Ese beso fue diferente. Fue tierno, sí, pero también desesperado.

—Sia.... —Sonreí muy cerca de tus labios—. Estoy en el trabajo.

—No se come delante de los pobres —apostilló Niko, que estaba preparando dos platos de gofres. Tú le dedicaste una mirada despreocupada antes de regalarme otro beso.

—Estás soltera porque te da la gana, Niko —le recordaste—. ¿Quieres que te enseñe un par de mis movimientos conquistadores la próxima vez que salgamos de fiesta?

—Si tus “movimientos conquistadores” son esos meneos atrófico de caderas, no, gracias.

—Sia —susurré, recuperando toda tu atención—. Ahora en serio. ¿Ha pasado algo?

—Sí. —Volviste a dejarme en el suelo—. Ha pasado que el amor que siento por ti se desborda de mis venas y se desparrama por todas partes.

Bajaste la mirada al suelo y yo puse los ojos en blanco.

—Desparramar no es un verbo muy romántico —apunté mientras acariciaba el pequeño ornamento de cristal que siempre llevabas al cuello. Cuando alzaste la vista, añadí—: ¿Lo has aprendido de una de las canciones de Avril Lavigne?

—Guau. —Resoplaste con mucha teatralidad—. Repito: guau. Vengo a darle una sorpresa a mi novia y ella se pone en plan digna porque mi poesía le parece mediocre.

—Eres más tonta...

—Sí. Pero te encanta.

Te di un beso dulce y fugaz en la punta de la nariz. Sonreíste mientras me peinabas un par de mechones de pelo, «tan rubio como el sol», solías decir. Te acaricié los brazos por encima de las mangas del abrigo y pensé que parecías cansada. Tu trabajo en la biblioteca surgió de sopetón; hasta hacía dos años habías trabajado en un taller de coches en el centro, y decías que te encantaba. Pero en cuanto te enteraste de que la señora Lund iba a jubilarse, tardaste menos de dos días en renunciar a tu trabajo en el taller y ofrecerte para cubrir la vacante. No tuviste mucha competencia porque, además, te conocían de sobra en la biblioteca. Podría decirse que tu pasión por los libros te llevó a conseguir una fuente ilimitada de conocimiento.

O que te pagaban por leer, como te gustaba decir a ti.

—Niko me ha dicho de salir a cenar. Hoy nos toca cerrar. ¿Quieres venir con nosotras?

—Me duele un poco la cabeza. Creo que me quedaré en casa.

—¿Te duele la cabeza?

—Habré forzado demasiado la vista leyendo. No será nada.

—A lo mejor necesitas gafas.

—¿Te imaginas? Luego no sabrías quién soy cuando me las quitara.

—Ya te has enganchado a *Smallville*, ¿no?

—Esas reposiciones que dan por las noches me mantienen entretenida, porque alguien que conozco es demasiado vieja y se queda dormida en cuanto se sienta en el sofá.

—¡No soy demasiado vieja!

—Pero si no pasa nada, eres monísima. Mi momento favorito es cuando se te cae la baba.

Me reí. En ese momento no me di cuenta. No del todo. Pero había algo en tus ojos, algo que no sabía descifrar. Creo que viste la preocupación en los míos y que por eso la sonrisa que esbozaste escondía un cariz tranquilizador. Suspiré cuando me tomaste las mejillas entre tus frías manos. Siempre estaban frías, hasta que se fundían con las mías.

Solías decir que yo era como sol de verano para tu invierno helado.

—Sabes que te quiero, ¿no? —me dijiste a media voz.

—Y yo a ti. Ya falta menos para esas vacaciones en España. —Me puse de puntillas para apoyar mi frente en la tuya—. Sí, puedes...

—¡Ada!

Di un brinco con el grito de Frank. Mi jefe me miraba con los brazos en jarra.

—Por muy romántico que sea este momento con tu novia, hay cinco mesas sin recoger.

Y nuestro momento acabó y no consigo volver a él. A ese instante en que te alejaste de mí y mis labios dibujaron un “lo siento”, a la sonrisa que me devolviste.

Debí haberlo sabido, ¿verdad? Aquel te quiero fue una despedida.

Era medianoche cuando Niko me dejó en casa. Me dolían las piernas, me pesaban horrores los párpados y solo podía pensar en meterme bajo las sábanas y abrazarme a ti.

Dejé mi juego de llaves junto al tuyo en el mueble del recibidor, colgué el abrigo rosa en el perchero, a la derecha de tu chaqueta de cuero, y me quité las Vans con prisa. Aunque el apartamento al que tú y yo nos mudamos es mucho más humilde que el que compartí durante casi un año y medio con Niko, me gusta porque es nuestro. Sí, el salón parece una caja de madera, la cocina es exageradamente

estrecha, solo hay un baño y la única habitación siempre está patas arriba, pero es suficiente para nosotras.

Di un buen trago al cartón de zumo al pasar por la cocina y me detuve en el umbral del salón al salir, bajo el arco de yeso, a observar las cortinas. A ti te parecían horribles. «El mosaico floral más cutre de la historia» decías, y yo siempre me enfadaba. Me encantan esas dichosas cortinas. Me daba miedo que no coincidiéramos en algo tan tonto como la decoración. Ya llevábamos tres años juntas y me habías demostrado con creces que queríamos lo mismo. Aun así, seguía aterrada de que nuestras pequeñas diferencias nos separaran. Yo no sabía entonces, claro, que las discrepancias que pudiéramos tener sobre el diseño de unas cortinas iban a ser el menor de nuestros problemas.

Suspiré y, sola como estaba, murmuré:

—Siento que Sia os diga cosas tan feas.

De camino a la habitación noté varios pinchazos en las plantas de los pies. Retrocedí y bajé la mirada. Había algo en el suelo. Encendí la luz y vi que eran trozos de porcelana. Entorné los ojos hacia el espacio vacío del mueble caoba en el que solía haber un jarrón tradicional chino que compramos en un mercado del puerto. Cogí aire y entré en el dormitorio con la idea de echarte en cara que habías roto el jarrón y no habías recogido el desastre.

Se me hizo un nudo en la garganta cuando vi que la cama no solo estaba vacía; también estaba hecha.

—¿Sia?

Miré en el baño. Nada.

Te dolía la cabeza.

¿Habrías empeorado?

¿Y si te había pasado algo?

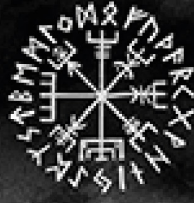
¿Adónde habrías ido? Sin el abrigo, sin las llaves.

Saqué mi teléfono del bolsillo del pantalón y probé a llamarte. Se me encogió el estómago al oír la canción de Avril Lavigne que habías escogido como tono de llamada.

*Is it enough to die?
Somebody save my life
I'd rather be anything but ordinary please
I'd rather be anything but ordinary please*

Tu iPhone estaba en tu mesita de noche y, junto al teléfono que seguía sonando, descubrí un pòsit amarillo en el que, escritas de tu puño y letra, se leían dos únicas palabras: lo siento.





EL DE LA NEGACIÓN

NIKO NO SE SEPARABA DE MÍ, PERO ME SENTÍA SOLA.

Me sentía terrible y completamente sola.

Dejé de comer. Dejé de ir a trabajar.

Recuerdo que me despertaba muy entrada la madrugada con un grito ahogado en la garganta, con el peso de un gigante en el pecho y presa de un terror indescriptible y de un desasosiego que solo desaparecía cuando rompía a llorar en los brazos de Niko. Ella llamaba a lo que me pasaba esas noches “ataques de ansiedad”. Yo lo llamaba “desinflarme de mentira”, porque cuando cogía aire otra vez, volvía a llenarme de la misma miseria.

Si bien fuimos a comisaría para denunciar tu desaparición a la mañana siguiente, la esperanza de que pudieran ayudarme a encontrarte se convirtió en polvo cuando el agente que nos atendió descartó la posibilidad de que se hubiera cometido un crimen. Según él, en el mejor de los casos la persona aparecía a las veinticuatro horas, y en el peor de ellos nunca volvía.

Insinuaba que me habías abandonado.

—Eso es absurdo —acusé con rabia—. Todas sus cosas siguen en casa. Sus llaves, su ropa, todo. Le ha pasado algo. Y el jarrón...

Me miraba con lástima. Para él solo era otro perrito más al que habían abandonado después de unas maravillosas navidades, ¿verdad? Niko, sentada a mi lado, aprovechó que hubo un aviso en la pantalla y que el agente apartaba la mirada de nosotras para pedirme que me tranquilizara. «Tranquilizarme», recuerdo pensar. «¿Cómo quieres que me tranquilice?». Agaché la cabeza y crucé los brazos, intentando calmar el frío que empecé a sentir cuando leí el mensaje y oí la dichosa canción de la que no había conseguido deshacerme.

No hacía otra cosa que repetirme una y otra vez que no era cierto, que no me habías abandonado, que nunca me harías algo así. Estaba esperando el momento en que pudiera disociarme de todo, aislarme de ese ruido vacío y blanco y mirar fijamente a un punto, fuera cual fuera, con la única idea en la cabeza de que la próxima vez que parpadeara sería como despertar. Pesadilla y realidad separadas por un pestañeo, la llegada del dulce amanecer. Descubriría que nada de todo eso había sucedido en realidad y pasaría a ser solamente otro de esos malos sueños de los que nunca quieres hablar.

No lo conseguí.

Niko me acarició el brazo y alcé la mirada. El agente me observaba con una indiscutible sorpresa en los ojos, como si todas las piezas de un rompecabezas que solo él podía ver acabaran de encajar. Sentí que el nudo que se me había hecho en la garganta estaba a punto de explotar y que el corazón se me iba a salir del pecho. Me había quedado sin voz. Niko habló por mí.

—¿Qué pasa?

El hombre paseó la mirada por nosotras antes de bajar los ojos al informe de la denuncia. Parecía incómodo, como si lo que tuviera que decirme no fuera fácil. Y no lo era.

—Hemos comprobado el documento de identidad que nos has facilitado en el sistema de datos gubernamental. No hay coincidencias con ninguna Anastasia Nygard.

Negué con la cabeza, confundida. Menuda absurdez.

—¿Y eso qué quiere decir?

—La identidad es falsa. El documento es una falsificación.

El mundo se me cayó encima por segunda vez. Es metafórico, claro; nadie puede aguantar una caída así y yo seguía entera. O, al menos, aparentaba estarlo.

Volví a oír la canción.

«Is it enough to die? Somebody save my life».

—Eso es imposible. Es su documento. Nunca...

—¿Has comprobado que no te falte nada?

La comisaría daba vueltas a mi alrededor y todo ruido se volvió sordo bajo los acordes de la dichosa canción.

¿Qué quería decir?

«Somebody save my life».

¿Qué estaba insinuando?

«Somebody save my life».

¿Intentaba decirme que eras una impostora?

«Somebody save my life».

Nada de todo eso era verdad para mí.

No recuerdo el momento exacto en que me levanté de la silla ni cuándo salí de allí. Lo único que no he olvidado es la horrible sensación de vacío, de estar flotando a la deriva, sin faros cerca que pudieran guiarme ni tierra a la vista que me salvara de ahogarme. Mi perspectiva de futuro era una bola de bilis en mi estómago, deprimente, amarilla y negra. ¿Qué opciones tenía? ¿Qué clase de persona era? ¿De la clase de persona que volvía a casa, si es que todavía podía llamarla así, bajaba los brazos y encontraba tu aroma en las sábanas y te veía en las fotos y te escuchaba en la música? ¿Ya está? No. No era tan sencillo porque los sentimientos nunca lo son. Había momentos en los que gritaba de rabia y otros en los